

Hass, Hein de (2023), *LOS MITOS DE LA INMIGRACIÓN. 22 falsos mantras sobre el tema que más nos divide*, Editorial Península, Barcelona 2024 (595 pp.), ISBN: 978-84-1100-252-3

<https://doi.org/10.46661/rec.11387>

Jordi Roca Jusmet\*

Universidad de Barcelona

ORCID: 0000-0001-7766-3759

[jordiroca@ub.edu](mailto:jordiroca@ub.edu)



Hein de Haas, sociólogo y geógrafo, es uno de los académicos más reconocidos sobre el tema de las migraciones. Es catedrático de las Universidades de Ámsterdam y Maastricht y codirector del Instituto Internacional de Migraciones de la Universidad de Oxford. Y es también un excelente divulgador como demuestra este libro cuya edición original en inglés es de 2023 y se ha traducido ya a ocho idiomas. Tanto el título en inglés, *How migration really works. A factful guide to the most divisive issue in politics*, como el de su traducción en castellano refleja la voluntad de clarificación informada e intervención pública sobre el tema que actualmente crea más polarización social y política en los países más ricos.

En mi opinión el autor cumple magníficamente su objetivo e incluso me lleva a pensar que si fuese leído de forma masiva por la población sería una gran contribución para vivir en un mundo mejor. Lamentablemente los temas que polarizan se suelen tratar a partir de ideas simplistas impermeables a las aproximaciones científicas basadas en datos

actuales e históricos.

El libro está estructurado en 22 capítulos que parten de una idea considerada falsa, ilustrada a través de frases extraídas de declaraciones en medios de comunicación o similares a las que podemos oír cotidianamente, a la que sigue -en el grueso del capítulo- un apartado llamado "desmontando el mito".

En esta reseña me limitaré a seleccionar algunos de los puntos planteados en el libro que me han parecido especialmente relevantes y que sirven sobre todo para contrarrestar los discursos del miedo a la inmigración que

\* Página web: <https://jordiroca.online/>



tan alarmantemente influyen en una parte importante y creciente de las poblaciones, pero que también se alejan de los que idealizan la inmigración señalando únicamente sus beneficios.

El debate sobre la inmigración está centrado en la migración internacional, aunque cabe recordar que la inmensa mayoría de desplazamientos territoriales son movimientos internos en el mismo país. Dada la intensidad del debate, podría pensarse que estamos ante un fenómeno cada vez más importante, pero la realidad es que la migración internacional medida como *porcentaje* de la población *mundial* que vive en un país diferente al de nacimiento se ha mantenido en las últimas décadas bastante estable, entorno únicamente al 3% de la población; visto a la inversa, cerca del 97% de la población mundial vive en el mismo país donde nació.

Ello no contradice que se han producido cambios relevantes. Uno muy importante es que Europa Occidental, después de la segunda guerra mundial y en comparación a otras etapas históricas, "ha pasado de ser la fuente principal de colonos y emigrantes del mundo a convertirse en importante destino para migrantes" (p.41). Además, en el interior de Europa países del Sur -como España- han pasado de ser de fuerte emigración neta a ser receptores de un gran flujo de inmigración: en muchos países europeos la población inmigrante está porcentualmente en máximos históricos y haría muchas décadas que la población total descendería si no fuese por el aporte demográfico de la inmigración. Sin embargo, nada más lejos de un supuesto peligro de "reemplazo" en los países occidentales.<sup>1</sup> Los volúmenes de población inmigrada son importantes pero menores a los que la gente piensa como demuestran las encuestas que, casi universalmente, detectan que existe una significativa brecha entre la población inmigrada que la gente cree que hay en su país y la que realmente hay. El autor recuerda como oleadas de inmigrantes de otros tiempos, por ejemplo, de italianos o alemanes o irlandeses hacia EEUU, también crearon miedo a un reemplazo cultural. Reflexiona también sobre el hecho de que el discurso de "nosotros" (los del país) frente a los "otros" (los de fuera del país) en los países occidentales refleja más bien cuestiones racistas de supuesta superioridad como hace patente, por ejemplo, que las poblaciones nativas de América o Australia que han sobrevivido no suelen incluirse en el "nosotros" en contraste con los descendientes de los antiguos inmigrantes europeos.

Las migraciones internacionales actuales son sobre todo de personas que aspiran a mejorar su nivel de vida y tienen capacidad de desplazarse a países en los que hay una demanda de trabajos para los que no existe mano de obra autóctona preparada y dispuesta para cubrirlos. Un indicador de ello es que en España la inmigración se hundió con la crisis económica de 2008 pasando de cerca de 800 mil entradas netas anuales en 2007 a *salidas netas* anuales que llegaron a ser de 250 mil en 2013. Una pequeña parte de la migración es de refugiados, cuya cifra se dispara a veces por guerras o persecuciones lo que especialmente afecta a países vecinos. Casos recientes de llegadas masivas de refugiados que afectaron a Europa son los de Siria a partir de 2011 o (en mucho mayor número) de Ucrania a raíz de la guerra con Rusia desde 2022: la importancia del racismo queda evidenciada en las diferentes reacciones sociales y actitudes de los gobiernos en ambos casos.

Una idea muy asentada es que el desarrollo económico de los países pobres reducirá la inmigración hacia los países ricos. La realidad es que los inmigrantes no vienen principalmente de los países más pobres y que los que más emigran no son los sectores más pobres de los países emisores de emigrantes. Desplazarse es costoso y el flujo procede sobre todo de países con nivel de renta intermedia de forma que la -deseable- mejora de los países pobres tiende *temporalmente* a provocar mayor y no menor emigración.

El autor no niega por supuesto el drama insoportable que supone en muchos casos la ruta migratoria, pero destaca que la inmensa mayoría de inmigrantes "ilegales" entran legalmente a los países. En una nota introductoria señala que el propio término "ilegal" es problemático, porque lo ilegal no son las personas sino en todo caso su situación. Además, a los solicitantes de refugio no se les puede considerar en situación ilegal (al menos hasta que se demuestre que no se justifica su petición) puesto que las Naciones Unidas consideran un derecho cruzar las fronteras huyendo de la persecución y la violencia (p.13).

---

<sup>1</sup> Sí hay casos históricos de reemplazo como con la llegada de los europeos a América cuya población autóctona se ha estimado que en aquel momento podía ser de unos 60 millones. Un siglo después la población indígena se habría reducido quizás en un 90% principalmente por un conjunto de epidemias ante las cuales no había inmunización, a lo que se añadieron los efectos de guerras, hambre y esclavismo (Koch, Alexander et al., "Earth system impacts of the European arrival and Great Dying in the Americas after 1492", *Quaternary Science Reviews* 207: 11-36, 2019).

Sobre la discusión en el libro de los efectos económicos de la inmigración hacia los países ricos destaca lo siguiente. En primer lugar, frecuentemente se piensa que aumenta el desempleo ocupando puestos de trabajo que, en ausencia de inmigrantes, serían para los autóctonos. Ello no solo es falso por lo ya dicho de que los trabajos cubiertos por inmigrantes serían en muy buena parte rechazados por los autóctonos (al menos si no mejoran -como sería deseable- salarios y condiciones de trabajo) sino porque no se puede pensar en el mercado laboral como si existiese un número fijo de puestos de trabajo a distribuir, una visión estática que olvida que los inmigrantes también generan demandas de bienes y servicios y, por tanto, puestos de trabajo.

Por lo que se refiere al efecto de la inmigración sobre los salarios *medios* hay multitud de estudios con diferentes conclusiones sobre si es positivo o negativo, pero en lo que sí coinciden es en que los efectos son muy poco importantes. Ahora bien, si diferenciamos por grupos de asalariados, el efecto tiende a ser de disminución de los salarios en los grupos peor pagados (y en especial en trabajos ocupados en gran parte por anteriores inmigrantes).

En cuanto al efecto sobre las cuentas del Estado del bienestar, el cálculo no es nada fácil porque debería adoptarse una perspectiva de todo el ciclo de vida (e incluso tener en cuenta los descendientes de los inmigrantes). Los estudios adoptan normalmente una perspectiva estática comparando el saldo fiscal entre, por un lado, aportaciones en impuestos y contribuciones sociales y, por otro lado, prestaciones sociales, con resultados diversos según países, pero coincidentes en que el saldo, sea positivo o negativo, es poco importante en términos de porcentaje del PIB (situándose normalmente dentro del  $\pm 1\%$  del PIB).

Tampoco se justifica la opinión más optimista de que en los países receptores de inmigración todo el mundo sale igualmente beneficiado en términos económicos: los más beneficiados son en general los más ricos, empresarios que disponen de más oferta de fuerza de trabajo y clases altas y medias que disponen de trabajadoras o trabajadores para tareas domésticas u otros bienes y servicios a menor coste, mientras que, como hemos visto, algunos segmentos de trabajadores, frecuentemente con los empleos más precarios, pueden salir perjudicados en sus salarios y acceso al empleo al competir con los nuevos inmigrantes. Igualmente, si se deteriora la calidad de los servicios públicos, los usuarios se ven perjudicados, pero los problemas del Estado del bienestar, como los de precariedad laboral, no son achacables a los inmigrantes sino al insuficiente gasto social o a la falta de regulación del mercado laboral y/o de control del cumplimiento de las normas laborales.

Lamentablemente la retórica política antiinmigración ha tenido un gran impacto en muchos países, como evidencia el gran auge de la extrema derecha, descargando las culpas de los problemas sociales no en las políticas gubernamentales y en los ricos sino en los inmigrantes que hacen el papel de chivo expiatorio. Este discurso puede impactar especialmente en los que menos se benefician económicamente de la inmigración (o se ven perjudicados en el contexto de las políticas gubernamentales existentes). Los conflictos no solo son económicos sino culturales y éstos son avivados por la extrema derecha difundiendo, por ejemplo, falsas o exageradas correlaciones entre inmigración y delincuencia o supuestas discriminaciones en las prestaciones sociales contra los autóctonos. El rechazo a la inmigración puede ser más probable en los lugares en que vive la gente más pobre, donde se concentra mayor porcentaje de población inmigrada, que ha de adaptarse a convivir con personas procedentes de otras culturas, lo que no siempre es fácil especialmente cuando la población vive muy segregada. No es extraño que el discurso xenófobo impacte muchas veces en la población trabajadora (como es destacable en lugares como Alemania o Francia).

En términos generales se afirma que las restricciones a la inmigración no consiguen frenarla por muchos muros que se levanten porque hay suficiente gente dispuesta a emigrar y porque la inmigración responde a cuestiones *estructurales* de necesidades de determinada mano de obra. El efecto de las restricciones (o como mínimo el principal efecto) no es reducir la inmigración sino hacerla mucho más costosa, al menos para aquellos que necesitan visado de entrada; no solo costosa sino a veces mortal. Muchos discursos mantienen que la causa de la inmigración son las mafias que se aprovechan de las personas emigrantes o incluso la trata de personas, pero es lo contrario: son las restricciones a la inmigración las que hacen que una parte de los inmigrantes entre clandestinamente y sea muy vulnerable a situaciones de violencia y explotación en su camino migratorio. Sobre la relación entre más restricciones de entrada y menor o mayor número de inmigrantes también se plantea que paradójicamente las dificultades para entrar pueden incluso llevar a un mayor stock de población inmigrada

debido a que, una vez se ha entrado en un país de destino, no se sale de él por temor a no poder volver a entrar, mientras que una libre entrada puede crear una mayor rotación entre temporadas dentro y fuera del país. Así lo ejemplifica: "Esa migración circular era común entre los trabajadores mediterráneos invitados al noroeste de Europa, y también entre Marruecos y España y entre Túnez e Italia antes de 1991, así como los mexicanos que iban a Estados Unidos y volvían, pues el control de fronteras era mínimo. Por desgracia, las restricciones a la inmigración tienden a interrumpir esa libre circulación, pues disuaden el camino de regreso. Así pues, cuanto más difícil resulte entrar, más serán los migrantes que optarán por quedarse. Cuanto más hayan invertido en pasaportes, visados o traficantes, más serán sus incentivos para no regresar por temor a que esa decisión sea irreversible" (p.470).

La dependencia de una sociedad respecto a la inmigración depende del modelo económico y social que se adopte. Como se señala, por ejemplo, una sociedad que opte por largas jornadas fuera de casa de hombres y mujeres y baja inversión pública en servicios sociales requerirá de mucha más mano de obra en trabajo doméstico de cuidados, lo que difícilmente será sostenible si no es con bajos salarios (quizás de personas en situación ilegal) para los inmigrantes y los autóctonos que permanezcan en estos trabajos. O -pensando en un ejemplo próximo- una economía muy basada en el turismo masivo requiere de trabajadoras y trabajadores baratos en el sector hotelero y de restauración.

El autor combate un argumento utilizado frecuentemente a favor de la inmigración: que representa la solución a los problemas de envejecimiento de la población de los países ricos para disponer de suficiente fuerza de trabajo, pagar las pensiones y financiar los crecientes gastos sanitarios y de cuidados de gente mayor. Este es un debate que requiere muchos matices. Ciertamente *a corto y medio plazo* -digamos en unas pocas décadas- una entrada importante de inmigrantes puede ayudar a enfrentar los retos económicos del envejecimiento, y en las páginas finales del libro leemos: "cuando los franceses van a la huelga para oponerse a los planes de su gobierno de retrasar la edad de jubilación, es posible que, sin saberlo, estén optando por una mayor dependencia futura de trabajadores migrantes" (p.524). Pero el autor cuestiona -en mi opinión con mucha razón- que desde el punto de vista del *largo plazo* se pueda confiar en la solución de la inmigración ya que los inmigrantes también envejecen y ya que, de forma bastante rápida, tienden a adoptar patrones de fecundidad similares a los de la población de llegada. Son la baja fecundidad (muy deseable desde el punto de vista ecológico, añadiría por mi parte) y la larga longevidad (también muy deseable socialmente si supone más años en buena salud) los principales factores que provocan el cambio en la estructura de edades. Además, el aumento de la población de edades avanzadas es un proceso *global* que afecta a más y más países y "es posible que en el futuro la pregunta deje de ser cómo evitar que vengan, sino como atraer a migrantes que aún estén dispuestos a desempeñar los trabajos que los trabajadores autóctonos rechazan" (pp.522-523).

El autor no deja de señalar que el "elefante en la habitación" de los debates sobre la inmigración es la *dependencia estructural* de los países ricos de la fuerza de trabajo inmigrada. Dicha dependencia en los países ricos seguirá durante tiempo, pero será mayor o menor según cuales sean las políticas aplicadas sobre tiempos de trabajo, jubilación, condiciones laborales y prioridad dada al crecimiento económico. Si se dignifican y mejoran las condiciones laborales de los trabajos que ocupan casi exclusivamente los inmigrantes, ello puede atraer también a trabajadores autóctonos: "la manera que tienen los Gobiernos de tratar a los inmigrantes es, casi automáticamente, la manera en que tratan a los *trabajadores*" (p.525); para ello se requiere controlar el trabajo ilegal, pero ello solo redundará en una mejor situación de los inmigrantes si éstos no se ven amenazados con la expulsión del país. Si se da menos prioridad al crecimiento económico (o incluso se renuncia a dicho objetivo) y más a la inversión pública social y al tiempo familiar disponible para cuidados, se dependerá menos del trabajo contratado mal pagado. Estas creo que son las principales recetas progresistas para reducir -aunque no podrán evitar totalmente- los conflictos que genera la inmigración.

Una reflexión de actualidad. El libro afirma: "ningún político serio de EEUU cree que los 11 millones de migrantes sin papeles van a ser capturados y deportados" (p.519). Pues bien, esto es lo que Donald Trump ha declarado que hará tras ganar las elecciones presidenciales de 2024 (justo en el momento de escribir estas líneas). Mi opinión (y creo también la que refleja la subida de la Bolsa tras dicha victoria) es que no se dará una reducción

significativa de la cantidad de población inmigrada en EEUU que tendría un fuerte impacto económico, aunque sí una mayor persecución de dicha población que vivirá con mayor inseguridad y aún con mayor precariedad laboral: los votantes de Trump con trabajos precarios, muchos de ellos antiguos inmigrantes no serán los beneficiados, sino empresas y contratadores de población inmigrada sin ninguna capacidad de negociación. El tiempo lo dirá.

El libro trata de muchos más aspectos que los aquí comentados y las referencias a experiencias históricas son abundantes. El autor, sin embargo, casi evita entrar en el terreno de propuestas políticas concretas sobre cómo piensa que se debería regular la inmigración lo que encuentro a faltar por mucho que coincido en que "los científicos sociales no pueden, ni deberían, dictar la dirección en la que nuestras sociedades deben moverse, (...) ese debe ser el objeto de un debate informado, democrático" (p.509). Sí denuncia el sistema de visados, y en este sentido promueve unas fronteras totalmente abiertas, lo que evitaría mucho sufrimiento. Pero considera hoy por hoy irrealista que *a escala global* (a diferencia de lo que pasa internamente en la UE y en algún otro bloque regional) se pueda plantear la concesión inmediata de todos los derechos fundamentales asociados a la ciudadanía como a la residencia, al trabajo y a los servicios públicos a cualquiera que entre en cualquier país. Ciertamente esto puede ser irrealista, pero resta la pregunta ¿qué tipo de regulación de derechos sería deseable? ¿qué buenas experiencias existen al respecto?

El modelo del libro -mitos frente a realidad- quizás lleva en algún momento puntual a afirmaciones que pueden ser un poco exageradas o poco matizadas, pero en general, al tratar tanto de mitos contra la inmigración como también de algunos mitos que la idealizan, las matizaciones que a veces parecen faltar se encuentran en otros apartados del libro. ¡Hay que leer el libro íntegramente!